

## UN UNIVERSO DETRÁS DE LAS IMÁGENES

Barcelona había amanecido gris, cubierta de nieve, algo poco habitual. Todos caminaban sin pausa por sus calles atestadas de gente, las luces iluminaban las vidrieras cubiertas de colores rojos y verdes que se entrelazaban como jugando con los regalos que los múltiples Papa Noel ofrecían sonrientes a cambio de módicas sumas de dinero.

Transitar envuelta con su abrigo peruano, la bufanda en su cuello como una serpiente traviesa y los gruesos guantes, hacían que Delia estuviera acorralada de incomodidades. Pensó, odio el invierno, odio la navidad, odio a la maldita gente que lo invade todo, quisiera desaparecer ya mismo.

Esos pensamientos la sacaron de su concentración y sin darse cuenta había pasado ya por la casa de antigüedades a la que iba, por lo que tuvo que retroceder no sin antes casi caerse por pisar un minúsculo trozo de hielo que parecía estar sólo allí para molestarla.

Los recuerdos de la niñez en la casa de campo donde sus abuelos vivían cerca de Toledo llegaron de manera inesperada, el inconsciente tiene esas cosas que no se comprenden fácilmente, justo en ese momento tenían que aparecer los recuerdos, se planteó Delia, con lo que la tristeza hizo que sus bellos ojos oscuros se cubrieran de lágrimas que humedecieron su guante de frisa al intentar secarlos rápidamente para que nadie los viera, sin percibir que la gente no la miraba, abstraída en su aceleración para realizar compras de último momento.

“Mi bella niña”, le dijo Juan, su abuelo, “tengo algo para vos, que te va a gustar mucho, ¡Cerrá los ojos!, quiero sorprenderte. ¡Ahora abrilos!, ¿En qué mano está?”, en la izquierda contestó Delia y allí estaba, un hermoso reloj con cadena, plateado y con muchos arabescos. “Es para vos pequeña, le dijo Juan, para que siempre te acuerdes de mí, de tu historia, era de mi padre, sos una personita especial, y sé que vas a valorarlo mucho”. Su abuela desde la cocina los miró con complicidad, esbozando una amplia sonrisa, mientras el olorcito a pan casero llenaba de calidez el ambiente.

El frío le hacía doler los huesos, pero a pesar de eso continuó hasta llegar a ese sitio donde según ella los sentimientos no interesaban, aunque el dueño dijera lo contrario con el afán de poseer un buen stock de productos canjeables, un lugar donde todo se compraba y se vendía como mercancía, sin importar la historia de cada objeto que pasaba simplemente a engrosar el mobiliario del local. Entró, al abrir la puerta, el llamador de ángeles delató su presencia, el vendedor la saludó, “señora, señora, señora, -le dijo en voz alta-pase, no se quede allí, está muy frío. ¿En qué puedo ayudarla, le preguntó?” y ella lo miró sin contestarle. “Señora, es momento de cerrar, es tarde, qué necesita”, le inquirió. Delia, no pudo responderle, se dio vuelta y salió rápidamente avergonzada por la situación.

Casi por inercia llegó al departamento, gris como su alma, prendió la lámpara sobre la pequeña mesa redonda cercana a la ventana, puso más leña en la estufa mientras Lola maullaba con gusto al verla, conformándose con el leve mimo que ella le hizo en su cabeza como al pasar, luego se desplomó sobre el sillón, encendió la radio y la música la transportó a otra época donde la soledad no era su compañera habitual como por estos días.

La típica melodía de navidad interpretada por Michael Bublé la sacó de su ensimismamiento y otra vez volvió a enojarse con su vida, y con estas fiestas en las que los recuerdos la llenaban de nostalgia.

“¡Vamos amor”, le dijo Francisco, “ya es hora de ir a la cama! Sabías cuánto te amo, ¿verdad? ¿Te acordás cómo nos conocimos? Fue tan gracioso, digo, no ese momento exacto, sino las circunstancias. Caminabas por una de las calles que rodean la Iglesia de la Santa Familia y había mucha gente, era un día como hoy, y las personas entraban y salían de la iglesia y de pronto te vi y fui a ayudarte, porque resbalaste de una manera que ni el mejor malabarista lo hubiera hecho, al principio me reí y te pedí disculpas, hubo nieve por entonces como hoy, y desde ese día no nos separamos más, ¿te acordás Delia, te acordás?”, le dijo suavemente.

Y en la penumbra él desapareció y el silencio perturbador llenó la sala.

“¡Vamos a jugar con la nieve Delia, no seas aburrida! Ya es de día, mamá nos deja, ¡por favor Delia, levántate! Hasta Lola quiere ir”, dijo Juliana. “Mamá hizo chocolate caliente y los bizcochitos de anís que nos gusta, ¡levantate, vamos, por favor Delia!, como sos la mayor te hacés rogar, un día voy a crecer y voy a hacer todo sola”, le increminó su hermana.

Un rayo de luz apenas insinuante se asomó en la habitación, se levantó del sillón, puso el agua en la pava y se preparó un café fuerte. Abrió el armario y algunas galletas húmedas asomaron del único paquete que quedaba. Recordó qué día era hoy y pensó cómo hacer para que se diluyera rápidamente.

“Cada adorno en una rama del árbol, los de vidrio adelante para que se vean desde todos lados, pero primero las luces, luego las guirnaldas de brillantes colores y al final los adornos, sí esos, ¡niñas deben prestar atención si quieren que quede hermoso como todos los años!, ¡Ay Matilde!, estas chicas no me escuchan de tanto entusiasmo”, le decía Pablo, el papá de Delia a su esposa.

El café estaba demasiado intenso y al tomarlo su gastritis pareció una bocanada de fuego que corrió desde su estómago a su esófago de manera imperturbable. Sonó su celular varias veces hasta que decidió atender, al principio se resistió, pero viendo que era uno de ellos, decidió responder. No iré, te pido que no insistas, quiero estar aquí, no me moveré de mi casa, le dijo y le cortó sin dar ninguna explicación.

El día velozmente dio paso a la noche y las campanas de las iglesias sonaron al unísono, los fuegos artificiales iluminaron todo y junto a los títulos y subtítulos en la voz de Michael sonaba “Jingle Bells”.